

EVA

*María Elena Walsh*

I.

Calle

Florida, túnel de flores podridas.

Y el pobrerío se quedó sin madre

llorando entre faroles con crespones.

Llorando en cueros, para siempre, solos.

Sombríos machos de corbata negra

sufrían rencorosos por decreto

y el órgano por Radio del Estado

hizo durar a Dios un mes o dos.

Buenos Aires de niebla y de silencio.

El Barrio Norte tras las celosías

encargaba a París rayos de sol.

La cola interminable para verla

y los que maldecían por si acaso

no vayan esos cabecitas negras

a bienaventurar a una cualquiera.



Flores podridas para Cleopatra.  
Y los grasitas con el corazón rajado,  
rajado en serio. Huérfanos. Silencio.  
Calles de invierno donde nadie pregona  
El Líder, Democracia, La Razón.  
Y Antonio Tormo calla "amemonós".

Un vendaval de luto obligatorio.  
Escarapelas con coágulos negros.  
El siglo nunca vio muerte más muerte.

Pobrecitos rubíes, esmeraldas,  
visones ofrendados por el pueblo,  
sandalias de oro, sedas virreinales  
vacías, arrumbadas en la noche.  
Y el odio entre paréntesis, rumiando  
venganza en sótanos y con picana.

Y el amor y el dolor que eran de veras  
gimiendo en el cordón de la vereda.  
Lágrimas enjugadas con harapos,  
Madrecita de los Desamparados.





Silencio, que hasta el tango se murió.  
Orden de arriba y lágrimas de abajo.  
En plena juventud. No somos nada.  
No somos nada más que un gran castigo.  
Se pintó la república de negro  
mientras te maquillaban y enlodaban.  
En los altares populares, santa.  
Hiena de hielo para los gorilas  
pero eso sí, solísima en la muerte.  
Y el pueblo que lloraba para siempre  
sin prever tu atroz peregrinaje.  
Con mis ojos la vi, no me vendieron  
esta leyenda, ni me la robaron.



Días de julio del 52  
¿Qué importa dónde estaba yo?

II.

No descanses en paz, alza los brazos  
no para el día del renunciamiento  
sino para juntarte a las mujeres  
con tu bandera redentora  
lavada en pólvora, resucitando.

No sé quién fuiste, pero te jugaste.  
Torciste el Riachuelo a Plaza Mayo,  
metiste a las mujeres en la historia  
de prepo, arrebatando los micrófonos,  
repartiendo venganzas y limosnas.  
Bruta como un diamante en un chiquero  
¿quién va a tirarte la última piedra?

Quizás un día nos juntemos  
para invocar tu insólito coraje.  
Todas, las contreras, las idólatras,  
las madres incesantes, las rameras,  
las que te amaron, las que te maldijeron,  
las que obedientes tiran hijos  
a la basura de la guerra, todas  
las que ahora en el mundo fraternizan  
sublevándose contra la aniquilación.





Cuando los buitres te dejen tranquila y huyas de las estampas y el ultraje empezaremos a saber quién fuiste. Con látigo y sumisa, pasiva y compasiva, única reina que tuvimos, loca que arrebató el poder a los soldados.



Cuando juntas las reas y las monjas y las violadas en los teleteatros y las que callan pero no consienten arrebatemos la liberación para no naufragar en espejitos ni bañarnos para los ejecutivos. Cuando hagamos escándalo y justicia el tiempo habrá pasado en limpio tu prepotencia y tu martirio, hermana.

Tener agallas, como vos tuviste, fanática, leal, desenfrenada en el candor de la beneficencia, pero la única que se dio el lujo de coronarse por los sumergidos. Agallas para defender a muerte. Agallas para hacer de nuevo el mundo. Tener agallas para gritar basta aunque nos amordacen con cañones.